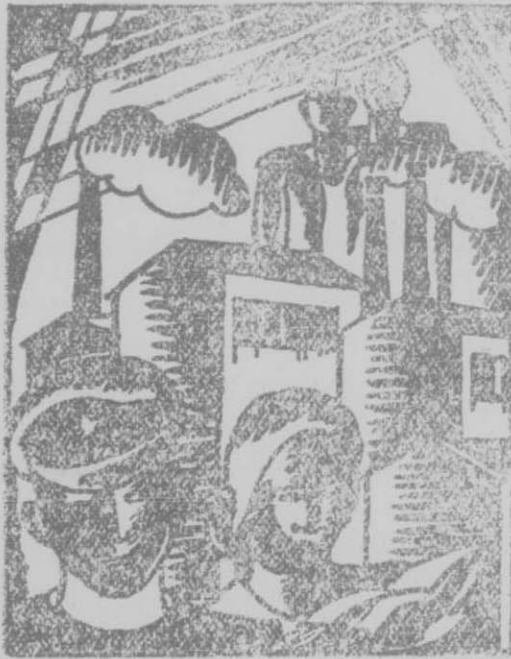


D/15882

2

POST-GUERRA



4 JUL 1973

25
ctms

JULIO DE 1927

**Sitios de venta en Madrid de esta
Revista**

Puerta del Sol esquina a Carretas.

Kiosco de El Fénix, calle de Alcalá.

Kiosco del Alcázar, calle de Alcalá.

Alcalá esquina a Goya.

Alonso Martínez, esquina a Sagasta.

Glorieta de Bilbao, esquina Fuencarral.

Princesa, esquina a Marqués de Urquijo.

Ancha de San Bernardo, esquina a Reyes.

Glorieta de los Cuatro Caminos. Kiosco de *La Libertad*.

Santo Domingo (puesto de la verja).

Plaza de Canalejas (puesto del Banco Hispanoamericano.)

La Biblioteca POST GUERRA

envia libre de franqueo a los lectores de esta Revista la interesante obra de

H. Barbusse

Claridad

mediante el giro de

5 pesetas.

Haga sus pedidos de libros a nuestra Biblioteca. Lea nuestra lista de obras que publicamos en la última plana.

Marqués de Cubas, 8. Madrid

Formidable éxito de

Joaquín Arderús

en su novela

“La Espuela”

**que acaba de poner a la venta al precio
de 5 pesetas.**

Editada por la Sociedad general Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones (S. A.) Ferraz, 21.—Madrid.

ENCARGADOS DE LA DIRECCIÓN
JOSÉ ANTONIO BALBONTIN y **RAFAEL GIMENEZ SILES**



Este número ha sido
visado por la censura.

Inoportunismo

Separándonos de la costumbre, tradicional en nuestro país, de pregonar a bombo y platillo en el segundo número de toda revista, los éxitos alcanzado con su aparición, hemos de confesar que entre las cartas de felicitación recibidas—escasas, claro está, dado nuestro carácter—no ha faltado algún que otro varapalo de los críticos espontáneos.

Entre las censuras que se nos han dirigido hay una fundamental que, desde luego, suscribimos sin reparo: somos realmente *inoportunos*.

No nos preocupan demasiado los conflictos *del día*. Estamos atentos, más bien, a los problemas *del siglo*.

Ciudadanos del mundo tenemos nuestro interés más alto en el porvenir integral de la Especie.

Nuestro lema podría ser—convenientemente humanizado—aquel famoso aforismo de Zaratustra: «No hay que amar al prójimo sino al lejano».

En nuestra tierra se ama con exceso al *próximo*, es decir, al miembro de nuestra familia o nuestra clase. Esta mísera domesticidad de nuestras virtudes amoratorias nos ha traído a la bancarrota. El *ama* y

la *sobrina* y un poco también *Dulcinea*, tienen la culpa de casi todos nuestros fracasos quijotesco. Mejor dicho: la tenemos nosotros por habernos dejado embaucar en el embeleco de esas deidades lugareñas.

Que nuestro amor abarque el Universo. Y dentro de él, con preferencia, los seres preteridos. Aplicación de la teoría: ¿cuál es la clase más vejada, más injustamente oprimida, dentro de la sociedad humana? El proletariado. Pues para él la esencia más pura de nuestra sentimentalidad y la mejor cosecha de nuestro esfuerzo. Salvemos la distancia que nuestra «mala educación» burguesa pretende atravesar entre obreros e intelectuales.

Hay que amar al lejano, sobre todo cuando el *próximo* es tan aborrecible.

Sabemos muy bien que nuestra senda no será, ciertamente, un camino de rosas. Nos dirigimos a una masa profundamente ensordecida por un letargo secular. Nos espera la indiferencia glacial, cuando no el odio declarado. Más de una vez nos saldrá al paso, tratando de paralizarnos, el grito trágico de Larra: «¿dónde está España?»

Será preciso ejercitar la paciencia, redoblar el esfuerzo, levantar el ánimo a la altura de la tarea que emprendemos. Tenemos la evidencia de que, tarde o temprano—tal vez mucho más pronto de lo que imaginan los eternos desencantados—nuestra voz resonará con ecos de esperanza, en la conciencia renovada de nuestro pueblo.

Mientras tanto, reconozcamos que somos un poco inoportunos. ¡Promover el amor al porvenir remoto y la preocupación por el obrerismo!...

¡Qué le hemos de hacer! Estamos profundamente satisfechos de nuestro impenitente inoportunismo. Si todos los hombres se entregaran a la simple preocupación del presente, ¿cómo podría caminar la Vida?

La Sociedad de Naciones

A pesar de nuestro total excepticismo ante la actuación de la Sociedad de Naciones en armonía con sus principios básicos encaminados a la estabilización de la paz mundial, no dejamos de situarnos atentamente al reunirse su último Consejo. Teníamos la seguridad de que no habían de salir de allí resueltos los graves problemas que figuraban en su orden del día, pero la importancia de éstos atraía nuestra atención con el deseo de conocer la posición que ante ellos tomaban los gobiernos imperialistas adheridos a la Sociedad, que vienen justificando sus maniobras contra otras naciones, con falsos temores de ruptura de la paz universal y del hundimiento de la civilización.

El conflicto de Memel entre Alemania y Lituania y el difícil problema del Adriático que tiene frente a frente a Yugoslavia y Albania y que en todo momento puede hacer estallar la guerra en los Balcanes y en toda Europa, son harto interesantes para que nos preocupásemos de la solución que la Sociedad de Naciones había de darle.

Pero nuestras esperanzas han sido totalmente deshechas. La Sociedad de Naciones, continuando su historial, ha sido también en esta ocasión un instrumento de las potencias burguesas, en sus manejos para evitar la marcha del mundo por su fatal derrotero.

El gobierno inglés, que comenzó con el registro de la Agencia Arcos en Londres su campaña decidida para el aniquilamiento del régimen soviético ruso, llevó al Consejo su proyecto, ya ampliamente trabajado en París y Roma, de un frente antisoviético con Francia, Italia y Alemania.

Existía en Londres y París la esperanza de que, a cambio de algunas concesiones, rompería Alemania su compromiso con Rusia — tratado de Rapallo — y se uniría al Bloque antibolchevique. Las reuniones públicas de la Sociedad de Naciones y las conversaciones privadas de los ministros de Estado: Stresseman, Briand y Chamberlain, no han tenido otro tema de discusión, Stresseman, aprovechándose de la situación de Alemania con Rusia y del deseo de las potencias imperialistas, pidió la reducción de los efectivos militares en Renania y el fin del control sobre los armamentos, como condiciones previas, para aconsejar a su gobierno la adhesión a la política de las potencias occidentales con respecto a Rusia.

La prensa conservadora inglesa y francesa ha apoyado estas gestiones tratando de justificar, durante el curso de las reuniones de Ginebra, la nece-

sidad de un bloqueo económico y financiero a la República Soviética, como preparación del posible ataque armado.

Las reuniones terminaron sin que se llegase a la constitución del ansiado frente único. Las negativas de Inglaterra y Francia a las peticiones que Stresseman presentó, por una parte, y por otra el diferente criterio en lo adjetivo del proyecto de los gobiernos de París y Londres, dejaron reducidos los acuerdos de la Sociedad a encomendar a Alemania una intervención diplomática cerca de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas en nombre de las potencias reunidas en Ginebra.

Los periódicos conservadores han respondido al fracaso rotundo de su esperanzado frente único, con duros ataques a Alemania. Las negociaciones franco-alemanas han quedado después de la Conferencia bastante agravadas. El espíritu pacifista francés representado por Briand ha sido eclipsado por el agresivo de Poincaré en la inauguración del monumento a los muertos de Luneville, donde el presidente del Consejo francés pronunció uno de sus más fuertes discursos nacionalistas.

Quedó pues, como resumen al terminar sus reuniones el Consejo de la Sociedad de Naciones, el problema de Memel, la diferencia rumano-húngara y el peligro de los Balcanes, sin haber sido siquiera enunciados; acentuado el nacionalismo francés contra Alemania; y sobre todo excitada de manera alarmante la suicida locura imperialista contra Rusia.

Los sucesos de Viena

Las masas obreras socialistas de Viena han prendido fuego al Palacio de Justicia y se han declarado en huelga; el por qué no nos interesa sino muy secundariamente. Tan solo hemos de comentar el hecho.

El partido socialista austriaco cuenta con una masa de población adulta muy grande, y si bien no tiene un carácter tan gubernamental como el alemán, no deja de sorprendernos su actitud, que casi podemos llamar revolucionaria. Desde que después de la guerra los partidos políticos burgueses consintieron en formar coaliciones con los partidos socialistas (en su estricto sentido), estos perdieron algunos de los rasgos y caracteres más peculiares; uno de ellos es esa actitud de rebeldía que con tanta frecuencia adoptaban, y cuya más corriente expresión era la huelga política. De aquí nuestra curiosidad y nuestra extrañeza ante los sucesos de Viena: ¿un partido socialista revolucionario?

No conocemos con todo detalle cómo se han desarrollado aquellos sucesos, pero es muy posible que algún elemento extraño al socialismo evolucionista gubernamental haya influido y determinado ese carácter de violencia que ha tenido este movimiento obrero. Cuando la masa proletaria no actúa, es que no quiere nada o es que no puede pedir; siendo los órganos con que cuenta para manifestar sus aspiraciones sus jefes, de éstos depende en gran parte la orientación de aquella masa, pues apoyados en su más o menos firme prestigio, ocultan lo que les conviene y dan brillo a lo que no lo tiene; en Viena parece que no han sido muy atendidos los consejos de los jefes socialistas. Creemos de interés señalar el hecho a nuestros lectores.



Nicaragua y el imperialismo

norteamericano

De la revista yanqui *THE DHARBORN INDEPENDENT*, financiada y dirigida por Henry Ford, el magnate de la fabricación de automóviles, traducimos la siguiente «cronología Nicaragüense» que puede ilustrar bastante claramente a nuestros lectores sobre la política de los Estados Unidos con respecto a Nicaragua. Ford, en esta ocasión, combate una vez más a los banqueros que han sido siempre sus enemigos más tenaces. En los Estados Unidos, donde el capitalismo ha adquirido un profundo desarrollo, es interesante presenciar cómo la voracidad de industriales y banqueros les conduce a una mutua hostilidad casi implacable.

1912.—Los marinos norteamericanos desembarcan en Nicaragua «para proteger las vidas y propiedades de los americanos».

1912.—J. y W. Seligman & C.^o, banqueros de Nueva York, emiten un empréstito de 1 500.000 dólares, garantizado por la línea del Ferrocarril del Pacífico, la única existente en Nicaragua, propiedad del Estado y rica en beneficios.

1924.—El Gobierno nicaragüense paga el empréstito y recobra su ferrocarril.

1925.—Los marinos norteamericanos abandonan el país, después de una ocupación de trece años.

1926.—El Gobierno de Nicaragua (partido liberal) es derribado por la fuerza y ocupa la presidencia Emiliano Chamorro (partido conservador). Los liberales se levantan en armas.

1926.—Díaz es reconocido enseguida por el Gobierno de los Estados Unidos. Los liberales continúan su movimiento revolucionario.

1926.—Los marinos norteamericanos desembarcan de nuevo en Nicaragua «para proteger las vidas y propiedades de los americanos».

1926. Lawrence Dennis, encargados de Negocios de los Estados Unidos en Nicaragua, es acusado por los liberales de actuar en favor de la elección y reconocimiento de Díaz.

8 de febrero de 1927.—Se ordena a Dennis que informe en Washington el día 1 de marzo.

12 de marzo de 1927.—Se dice que Dennis ha presentado la dimisión, después de anunciar como incompetentes a varios funcionarios del Ministerio de Estado, y de acusarles de haber gastado los fondos gubernamentales en la transmisión de informaciones innecesarias. Se le convence de que retire la dimisión hasta que vuelva a Washington.

15 de marzo de 1927.—Produce gran sensación el rumor de que Dennis posee un documento firmado por Kellog, dándole instrucciones para que ejerza su influencia, en favor de Díaz, en las elecciones. Se desmiente oficialmente que exista este documento.

21 de marzo de 1927.—Dennis llega a Washington, y, después de conferenciar con Kellog, desmiente también la noticia de la existencia del documento de Kellog.

26 de marzo de 1927.—J. y W. Seligman & C.^o, banqueros de Nueva York, hacen un anticipo de 1.000.000 de dólares al Gobierno de Díaz. Nuevos informes agregan que han obtenido de nuevo el control del productivo Ferrocarril del Pacífico.

4 de junio de 1927.—El *World*, de Nueva York, hace público que Dennis se retira del servicio diplomático y entra en la firma bancaria J. y W. Seligman & C.^o

REVISION DE UN CENTENARIO

Goya, español, demócrata

I

Es hora ya de cambiar la óptica tradicional sobre los centenarios y sustituirla por otra más avisada y profunda. Honrar a un hombre o a un hecho que fueron, tiene su responsabilidad. En España no nos hemos dado cuenta aún del compromiso que contraen con la historia los instigadores de centenarios y conmemoraciones. Estos van haciéndose tan numerosos e intrascendentes que ya se advierte el peligro de que falten días para festejar a tantos varones como aparecen en la vasta galería internacional. Uno piensa que si pudieran existir tantos grandes hombres como dicen las Academias y los periódicos, otro destino más halagüeño correspondería al hombre contemporáneo.

En lo que se refiere a nuestro país, en esta nutrida serie de desentramamientos ilustres solo nos interesa uno: el de Goya. Estas líneas tienden a esclarecer un poco esa figura a los fines del porvenir del hombre español. Esa figura demasiado arropada hasta ahora en retórica, en apologías literarias y en investigaciones puramente estéticas. Goya es, para nosotros, un español representativo, el único donde, después de Loyola, cristalizan las fuerzas esenciales de nuestra raza, las que han de conducirnos a un ideal de vida que ya fermenta en algunos espíritus de la España de hoy.

Es curioso cómo las minorías selectas, aristocráticas, recogen a Goya, expresión de lo popular, de lo democrático, hasta inscribirlo entre sus veneraciones. Esto prueba, de un lado, la falsedad de algunas fórmulas del arte nuevo, y de otro acusa la imponente personalidad de Goya que predomina sobre la llamada estética pura, siendo, como es, un pintor puro. «Goya—dice el Sr. Sánchez Rivero, crítico nada sospechoso—no se deja coger en el movimiento neo-clasicista. Piensa que el neoclasicismo es artificioso y que es preciso pensar en temas puramente personales. El arte del siglo XVIII es todo él intelectual. Pasaba lo mismo que hoy pasa con las escuelas de vanguardia, que comienzan por hacer su estética antes de ejecutar la obra de arte».

Goya vuelca en sus cuadros toda su alma insurrecta, elemental, agitada y enérgica, alma que representa como ninguna el carácter de su pueblo. En Velázquez, por ejemplo, está mucho de lo que la pintura tiene de gozo plástico, de regocijo sensorial. Goya crea con dolor; por eso sus figuras son monstruosas, trágicas y bellas a la vez. Tiene la sinceridad, la espontaneidad de una raza que lleva siglos divorciada de la cultura europea, que la cultura

europea no logra adulterar a lo largo de los ciclos históricos. Un pensador «aristocrático» actual—el conde de Keiserling—escribe (1): «Hay dos países esencialmente no europeos. El primero es Rusia. El segundo es España. Quien cruce los Pirineos, viniendo de Francia, pasa realmente de una tierra de jardines al desierto. Lo que en España no es desierto, estepa u oasis. Quiero decir lo cósmico, lo estelar, a diferencia de lo terrenal, el predominio de lo planetario, frente a lo que vive. El habitante del desierto es duro y al mismo tiempo fantástico. Volvamos nuestra mirada al otro polo de Europa, a Rusia. ¿En qué consiste la significación europea de su gran literatura que como descripción de circunstancias puramente rusas nada importa a nadie que no sea ruso? Consiste en que al ruso le faltan las normas internas que desde la Edad Media han ido creando el pensamiento y la voluntad en el alma del europeo». El conde de Keiserling, al hacer este paralelismo entre la raza eslava y la nuestra obtiene una conclusión opuesta, sin embargo. Cree que la misión simbólica de Rusia para Europa ya está cumplida, y que España puede ofrecerla en un sentido diferente que Rusia. El hombre ruso, según Keiserling, tiene un ideal religioso; el español, un ideal humano. El «señorío» del español cree el pensador alemán que le hace solicitar una igualdad de derechos, pero no «por abajo», sino «por arriba». Por eso—agrega Keiserling—la condición del español representa, según el espíritu, la democracia ideal. Conformes. Pero ese «señorío» del pueblo, ¿no es el mismo que preconizaba Lenin? De este modo concluiremos asegurando que el español es también el pueblo mejor dispuesto por sus facultades específicas para el ejercicio máximo de la democracia. No para el absolutismo de una minoría aristocrática, ni siquiera para un fascismo. No para el liberalismo, elaboración gradual de la cultura histórica, que agoniza en Occidente.

II

Veamos a Goya como ejemplo de ese carácter típicamente español, como ingente cristalización de ese espíritu democrático que permanece íntegro en lo subterráneo de nuestra idiosincrasia. Goya comienza siendo conservador y se hace rebelde cuando a través de las vicisitudes de su vida y de su pueblo se encuentra a sí mismo. En la minoría de edad de

(1) *Revista de Occidente*, núm. 35.

su espíritu, Goya respeta el academicismo de Mengs, se casa con la hermana de un pintor influyente y solicita puestos al lado de Carlos IV. Es la tentación que el poder ejerce sobre el pueblo.

Goya se acerca a la aristocracia, consigue el nombramiento de pintor de Cámara y conoce el amor frenético de la duquesa de Alba. Su pasión por el pueblo queda para siempre en los lienzos alegres de los tapices. Pero según se introduce en la Corte y le son familiares las conciencias y las almas palaciegas, el carácter de Goya va recobrándose y su pintura camina por la curva de su evolución espiritual. Hace «La familia de Carlos IV» y ya deja en aquellos personajes que simbolizan el medio en que vive la sátira que después ha de culminar en «Los Proverbios» y «Los caprichos». Que no son, como creen algunos críticos miopes, la condenación de costumbres y supersticiones del pueblo, sino crítica inexorable de los poderes que mantienen al pueblo en aquella condición miserable. Goya censura a la sociedad de Godoy, a la minoría dirigente que lleva a España a la guerra y al hambre. Mientras agravia al duque de Medinaceli e ironiza a costa de los magnates de la Corte, pinta «La librería de la calle de Carretas», «La Maja» y después «La lechera de Burdeos», figuras del pueblo donde parece que el pincel de Goya respira toda la anchura de su arte, demasiado popular para no asfixiarse en los recintos cortesanos.

La misma «Maja», tan discutida, ofrece un dato sugestivo para nuestra tesis. Hay críticos, entre ellos el Sr. Pla Cargol, que no dejan de inclinarse a la sospecha de que la modelo no fué la duquesa de Alba, sino una modistilla que se le parecía y a la que Goya, en un raptó romántico, contrató por su semejanza con la duquesa. Todas las investigaciones, no obstante, coinciden en reconocer en la maja a la duquesa de Alba. Goya hizo su gran obra transmutando en maja a la aristócrata, volviéndola pueblo para que en realidad representase todos los mandatos de su espíritu.

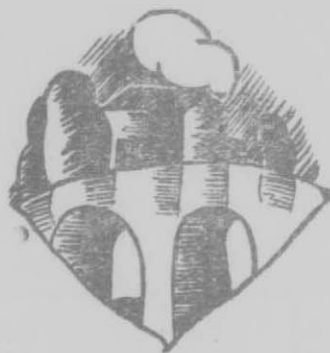
El genial aragonés, inculto, intuitivo, glorioso, duro, estepario, es la mejor alegoría racial. El contra todos. Transforma la pintura y hace latir a la historia universal con un latido democrático. Señala en las cumbres sociales el «señorio» del pueblo. Fernando VII le halaga; pero él no se deja convencer por los símbolos históricos: el Trono o la Iglesia. Siente de una manera muy vaga el nacionalismo, puesto que durante el dominio del francés, y más tarde hasta su muerte en la emigración, es de los llamados «afrancesados». En cambio pinta con realismo turbador «Los fusilamientos» y «La carga de los mamelucos», que es una manera de impugnar la guerra y sufrir con los padecimientos de su pueblo.

Todo lo que antecede no quiere decir—escribimos para los comprensivos—que la obra de Goya tenga premeditadamente una intención política o social. Pero el arte es grandioso precisamente por eso: por

que además de sus cualidades propias, de sus generosas y nobles expresiones, consigue una repercusión inmortal en todos los problemas humanos. He ahí una virtud social, su vivencia en las almas más diferentes y distantes.

La obra de Goya es una obra egregia, porque es una obra de democracia. Para las democracias. La obra que anuncia el «señorio» del pueblo español dentro de su función social.

J. DÍAZ FERNÁNDEZ



Marxismo y feminismo

El feminismo, como uno entre tantos fenómenos de la vida moderna, se presenta ante la Sociedad burguesa de nuestro tiempo como una lucha entre los sexos; de ahí el apasionamiento que la cuestión despierta entre ambos lados. Su vitalidad, su gran transcendencia y significación se manifiesta en la imposibilidad de discutir o de tocar siquiera a ninguna cuestión o hecho de la vida actual sin que los antagonismos de ambos grupos de combatientes queden de nuevo sobre el tapete.

La lucha es desigual. La mujer, cuya intervención es creciente en todos los órdenes de la vida moderna, es una realidad conquistada; tiene como cadenas los convencionalismos de una tradición que aún palpita, y como obstáculo que a la vez es la muralla que intenta derribar, una inferioridad ante la ley cuya desaparición marcará el final de la contienda; pero la mujer cuenta por su parte con algo fundamental; la acometividad. El hombre guarda en esta lucha una posición de aparente pasividad, de indiferencia desdeñosa encerrado en un castillo de posición dominante, seguro de la superioridad de sus armas legales. Y como en toda lucha el éxito depende de que el origen y objetivo de la discrepancia estén debidamente planteados y esclarecidos, la cuestión fundamental del feminismo militante deberá ser: ¿Es efectivamente el problema una lucha entre ambos sexos? Si es así, ¿cómo puede triunfar y cuáles son las consecuencias de su éxito?

El contestar a la primera pregunta supone remon-

tarse al origen del feminismo. Que el problema descansa en una lucha es indiscutible; se trata en el fondo de una reivindicación de derechos. Lo interesante será averiguar cuándo aparece en la mujer este deseo de libertarse del estado de desigualdad legal, de alcanzar personalidad civil.

La mujer cuya misión estaba concretada al círculo del hogar sale de él cuando deja de ser el centro donde convergen todos los intereses de la familia. El hogar, palabra que para nosotros ha perdido su genuina significación, es destruido por el capitalismo moderno. Bajo las nuevas condiciones de vida, la vida familiar tiene que dispersarse y la mujer sale de su hogar y se une al hombre en la trabajosa lucha de buscar el sustento diario. Descansa todo el problema en una cuestión económica y por tanto en una cuestión social.

El capitalismo moderno descomponiendo la anterior estructura social, divide a la humanidad en dos clases: opresores y oprimidos, con antagonismos irreconciliables. Como consecuencia de esta transformación la mujer entra a engrosar las nutridas filas de los oprimidos, y es entonces cuando, perdido el viejo equilibrio del hogar, aparecen las reivindicaciones feministas.

Si, el feminismo es lucha; pero su lucha entra en la lucha de clases creada por la Sociedad capitalista de nuestro tiempo.

El feminismo triunfará cuando termine la lucha de clases; mientras que ésta subsista todos sus problemas quedarán por resolver.

Si el feminismo militante está convencido de que la solución de sus problemas no depende de limitaciones sexuales; si está persuadido de que no es una cuestión de superioridad o inferioridad entre los sexos, si cree que el éxito sólo se logrará cuando se hayan vencido cuestiones de orden moral y legal, el feminismo militante debe darse cuenta de que esas cuestiones sólo se resolverán cuando la Sociedad sufra una transformación que cambie hasta los últimos cimientos la organización capitalista burguesa.

Rosa MIRAL

Este número ha sido visado
por la censura.



Problema de números.

Primero fueron los germanófilos quienes se lanzaron a matar rusos hasta entontecer. Hubo «Armando» que llegó a pulverizar, desde Madrid, más de quince millones de infelices moscovitas.

Ahora son los occidentalistas («espíritu liberal, individualismo, claridad latina, Paul Morand, etc.») quienes pregonan a diario la muerte de millares y millones de rusos, bien sea de hambre y de miseria, ya por antojo de la dictadura bolchevique, y aun por extrañas invasiones de ratas—¿no se acuerdan ustedes?—y otras calamidades por el estilo.

Ha llegado el momento de organizar una excursión aérea, por si no funcionaran los ferrocarriles, hacia las regiones del Volga (¿Vamos allá, Sr. Maestru?), para resolver en definitiva este problema lacerante: ¿Queda algún ruso vivo?

Liberalismo.

En una reciente discusión de la Academia de Jurisprudencia, que no dejó de ofrecer sus aspectos cómicos, D. Victor Pradera, «el cavernario», como le llamamos sus amigos, le reprochaba a D. Tomás Elorrieta el haber definido el liberalismo como la lucha antialcohólica, y el bueno de Elorrieta protestaba de aquella broma como de un agravio intolerable.

Rara escena, en verdad. Pues qué, ¿no es la lucha contra el alcohol la tarea más urgente y más seria del liberalismo en España? Nosotros no somos liberales, en el viejo sentido de la palabra (¡horror a la estupidez del siglo XIX... y más horror todavía, naturalmente, a la brutalidad del XVIII!); pero estamos convencidos de que mientras el liberalismo no destruya el alcohol, no quedarán destruidas en nuestro país las más potentes fuerzas de la reacción.

Para «La Revista Blanca».

Nos dice la *Revista Blanca*, de Barcelona, en el suplemento de su último número, que está en contra nuestra por haber visto en la lista de nuestros libros *Entre los lobos*, de Lorulot, folleto en que se combate con alguna acritud a los anarquistas.

Queda expulsada esta obra de nuestra Biblioteca, desde el momento en que puede lastimar—contra nuestra voluntad más decidida—a un sector obrero, cualquiera que sea, de reconocida idealidad. Ni siquiera nos paramos a discutir, escolásticamente, sobre si la libertad anárquica consiente o no la crítica del anarquismo.

Verá con esto la *Revista Blanca* que en esta casa no hay dogma cerrado frente a ninguna tendencia sinceramente obrerista, y que no hemos venido a traer la guerra, sino la paz, a los medios obreros.

Tenemos enfrente adversarios demasiado fuertes para que podamos permitirnos el lujo de guerrear entre nosotros. ¿No le parece a la *Revista Blanca*?

Parábola campesina

No hay huerta tan bien cuidada en toda la sierra de Barás, como la de Fermín.

La rambla de Sata, azulenca, con hebras de agua, se interna en la sierra, y las huertas resaltan aisladas, verdes y brillantes en las laderas, bajo los bosques de almendros.

Pero la más verde y la más brillante es la de Fermín.

Quizá sea la más pequeña, pero la más intensa.

Diríase que es una gota de esencia hortelana.

Cuando el sol se halla en el cenit ella es la que más reluce.

En las noches estrelladas ella es la más negra.

A la luz de la luna las otras huertas se confunden con la tierra y ella se destaca como una concha mitológica.

Cuando llueve sus vecinas se hacen lana y ella es de terciopelo.

Con el viento ella es la que da más irisaciones.

Con la nieve ella es una osa blanca, mientras sus compañeras cadáveres bajo sudarios.

Al desmandarse los ganados las ovejas pasan saltando en alto los rabos junto a ella y no muerden ni una hoja.

Los propietarios comarcanos dicen que Fermín es un brujo que cuida su huerta por «parte mala».

Amanece.

Fermín acaba de levantarse y Juan va a la cama.

Fermín hace sogas y Juan lleva al hombro una escopeta de dos cañones.

El primero sube por la sierra y el segundo baja.

Se encuentran:

—¡Hola, Fermín!

—¡Buenos días, Juan!

Lejos se oye cantar a un campesino.

—Lo menos he dado seis tiros esta noche. No nos dejan tranquilos esa gentuza del caserío de Sillo. ¡Pegan en estas huertas como gorriones!

—Son pobres que no viven nada más que del jornal

—¡Pues anda que en tu huerta bien que se ceban!

—¡Qué más da!

—Yo de ti les llevaba las hortalizas a sus mesas.

—¡No tanto, Juan! Siempre será mejor entrar como yo entro a mi huerta, con libertad, a coger lo que quiera, que no a escondidas, lleno de temores,

en la oscuridad de la noche como esos desamparados.

—¡Toma!; porque es tuya.

—¡Mia! ¡De la tierra! ¡Todo es de la tierra, Juan, todo es de la tierra!

—Bueno, pero la tierra que es mía, es mía. De mis lindes para dentro mando yo. Y lo que se cría es para mí.

—Cada uno mira la vida a su manera. Yo no afeito tener más terreno que el que cubre mi huerta. A mí me basta con tomar de ella lo que me vaya haciendo falta y con cuidarla, que es mi recreo... Y yo no vivo mal, Juan, que yo vivo muy a gusto!

—Pero no tienes propiedades, como podías tenerlas.

—¿Para qué las quiero? Yo vivo todo lo bien que deseo. Mejor que vosotros los dueños de la sierra que tenéis que estar siempre con contribuciones, con juzgados, con notarios y demonios. En mí pegará toda esa plaga del caserío de Sillo, pero en vosotros todos los señoritos de Danila. Os esperan en sus despachos como nosotros aguardamos a las perdices en el puesto. Yo prefiero a que un perdido de esos se me lleve un pimiento para hacer una ensalada a que me tome un señorón del pueblo los billetes para gastarlos en fanfarronería. Fanfarronería, Juan, que se la pagáis a ellos para que manden más y más en vosotros. Yo ni trato con ellos quiero. Tú con tanto y yo con tan poco, ¿quién vive más tranquilo y con más desahogo?

—¡Pero esas no son cuentas!

—Si son cuentas, Juan. A nosotros nos basta con tener nuestro rodal de tierra, lo que podamos menear con nuestras manos, y disfrutarlo a gusto. Hasta parece que tiene más gracia. Mira, mi huerta es la más saludable de todas.

—¡Eso, tú sabrás lo que haces con ella!

—No guardarla; no pegar tiros para espantar a la gente. Cada uno cree en su cosa. Así como vosotros le hacéis promesas a los santos y a la virgen por mediación del cura para que os la bendiga yo le dejo mi tierra a los hombres para que sea fértil. Y eso es lo que quiere la tierra, Juan, porque los hombres son sus hijos y se pone alegre cuando no es uno malo con ellos.

El sol está sobre una cumbre.

Juan descende, sucio, bostezando, estirando los brazos y dando trompicones.

Fermín, sobre una peña, cara al sol alarga su guitarra sonriente y limpio. Parece una talla de oro.

JOAQUÍN ARDERIUS





El milagro de Maierhold

Maierhold, el creador del Teatro del pueblo en Moscú, es un personaje de leyenda: no existe círculo teatral en toda Rusia donde su técnica, sus innovaciones, no sean estudiadas o criticadas apasionadamente; ni aldea o pueblo donde su nombre no se conozca. Envuelta en la leyenda la historia de sus maravillosas producciones llega al más apartado rincón campesino donde es conservado el recuerdo de las cosas veneradas.

Surgen imitadores por doquier. Actores y empresarios, algunos de los cuales jamás tuvieron oportunidad de presenciar una representación en el Teatro del Pueblo, y para los cuales el nuevo arte se reduce a un teatro de propaganda soviética y de crítica contra Eupopa, tratan de adaptarse a las nuevas normas creadas por Maierhold; imitan sus «trucos», y se entregan en desenfrenado afán de igualarle a las más absurdas innovaciones. Y si la crítica los ataca se escudan diciendo «Arte nuevo» o «Creación de Maierhold».

En este ambiente de popularidad no es extraño observar cómo se atribuyen a Maierhold las más contradictorias teorías. Y es que resulta difícil explicar la técnica teatral de este hombre extraordinario. En cada nueva obra el arte de Maierhold se manifiesta distinto cada estreno es el resultado de un profundo estudio, en el que se ha intentado penetrar de un modo distinto en la ficción.

Extraña es también la impresión que el espectador novel recibe al entrar en la sala de espectáculos del Teatro del Pueblo. El escenario, sin telón, oscuro, donde sólo se adivinan, merced al débil resplandor de las luces del salón, la silueta de una silla, de una mesa, de objetos usuales. No hay decoración alguna. Las paredes del fondo y laterales del escenario, casi en tinieblas, desnudas de adornos, muestran al aire el ladrillo de su construcción; cuerdas, poleas, toda la maquinaria de la tramoya está libremente expuesta a la curiosidad del espectador. Nada indica que va a tener lugar una representación; parece que allí no va a suceder nada, que se llegó demasiado temprano, que los actores desistieron de trabajar o cualquier contratiempo semejante.

Y si del escenario se pasa la vista al salón, la sorpresa continúa. Los palcos, esos recintos para privilegiados han desaparecido. Los espectadores de pechera planchada y monóculo, las damas

descotadas cargadas de brillantes no se ven en el Teatro del Pueblo. Resultaría molesto presentarse así en un lugar donde sólo hay sitios más próximos o más lejanos del escenario, donde no hay palcos que separen y defiendan a esta clase social.

Cada estreno en el teatro de Maierhold, despierta una enorme curiosidad e interés. El hombre de negocios más abrumado, como el político más lleno de preocupaciones, esperan estas representaciones con afán; saben que siempre encontrarán un placer estético que les descansa y conforte. El público, en general, acude presuroso porque está seguro que van a darle lo mejor: sátira fina de propios y ajenos, emociones nuevas, efectos sorprendentes, el arte más depurado en bailes y canciones, la moda más atrevida, etc., etc. No es, pues, de extrañar que el teatro se llene de artistas de todos los géneros, ansiosos de aprender, de completarse.

Todo en el teatro de Maierhold subyuga al espectador; la interpretación primorosa, la forma, el tono, el colorido, los movimientos. Nada es independiente o accesorio; nada se pierde ni pasa desapercibido. Cada palabra despierta el máximo de emoción, cada gesto es apropiado y único. El «tempo» en que se desliza la obra está en íntima relación con el espíritu de la época actual. Los actores no andan, se sientan o se levantan como cuando la vida se deslizaba normal y lenta. Hoy día, el actor tiene que correr, saltar, agitarse, porque el «tempo» de nuestra vida es agitado, rapidísimo. Para representar este dinamismo, la fantasía de Maierhold ha ideado los más geniales «trucos». Si el actor tiene que sentarse, una silla surge como por encanto de una puerta o de un muro; las camas vuelan; las paredes se deslizan, los automóviles y motocicletas cruzan vertiginosamente la escena, se elevan, dan vueltas ante la mirada atónita del espectador. Y no son solo las obras de época actual las que Maierhold presenta con esta interpretación vital. Su «audacia» se ha atrevido con obras del siglo III; conservan, es verdad, su estilo y color, pero como representadas ante un público moderno deben ir infiltradas de dinamismo, para que éste se asimile su belleza y emoción.

En el Teatro del Pueblo no hay baterías que iluminen la escena. Dos reflectores, colocados a ambos lados del escenario, iluminan sucesivamente los varios sectores de éste; siguen al actor, hacen destacar un mueble, resaltar objetos determinados.

Es la acción de la obra, las palabras del actor, las que van determinando el camino a los reflectores. De este modo toda la atención del espectador se reconcentra en la palabra, en el detalle, en el gesto que la solicita, alcanzando la emoción humana su tensión suprema.

Cuando el acto termina, la luz de los reflectores

se extingue; en algunas ocasiones, uno de los actores, adelantándose al proscenio dispara a lo alto un revólver cuyo sonido hace reaccionar al público subyugado. Esta es la señal para el entreacto que durará lo que tarde en extinguirse una vela.

Durante el intermedio se presencia el cambio de la tramoya, lo que se realiza con el mismo «tempo» de la obra. El martilleo, el ruido producido al arrastrar diversos objetos, la cuerda que cruje, no perturban la ilusión. El interés por lo que ocurre en el escenario sigue siendo vivo e intenso. Los obreros encargados de esta parte, vestidos con la blusa azul característica de los rusos, se mueven con rapidez y sin ruido; no hablan entre sí, ni parece interesarles lo que ocurre a su alrededor. En dos o tres minutos, los que tarde en consumirse la vela colocada en el proscenio, todo está dispuesto para el próximo acto. Los actores suben al escenario, el apuntador se sienta a un lado, con el libreto en las manos, se oye un silbido como el de la sirena de una fábrica y el acto empieza.

Al terminar la obra, el público entusiasmado aclama a Maierhold. La obra será, por mucho tiempo, tema de discusión. Maierhold será una vez más, discutido, criticado con calor; se le alabará o acusará; pero su «audacia» artística habrá cautivado todos los espíritus. El Teatro del Pueblo ha conquistado a todo el país y su enorme influencia sobrepasa las fronteras.

La Conferencia Internacional del trabajo

Nos llegan algunas noticias de la última reunión de la conferencia del Trabajo: un proyecto de convenio sobre el seguro obligatorio de enfermedad fué aprobado; esto ha sido lo más importante que se ha conseguido desde un punto de vista práctico. Pero siempre son tan pequeños los resultados, que es una candidez incomprensible pensar que por ahí se puede llegar a una situación de justicia.

Los más calificados socialistas y representantes obreros, ponderan que es un primor, la labor de sus gobiernos, por muy reaccionarios que sean. Un caso curioso ha sucedido en esta conferencia última, con un país cuya representación gubernamental, se mostró más avanzada y radical que la representación obrera que ostentaba un socialista puro; este dirigió un coro de alabanzas a la organización de su nación que no se hubiera atrevido a hacerlas el delegado del gobierno. ¡Qué absurdos contrasentidos! No peca ciertamente la Oficina Internacional del Trabajo por su excesivo socialismo. Ni siquiera los socialistas la quieren impulsar para lograr su soñada evolución.

No devolvemos los originales ni establecemos correspondencia sobre ellos.



En torno a la evolución de la música

Las transformaciones, que —en el transcurso del tiempo— sufre la morfología musical, se deben a los cambios de estructura experimentados por la sociedad. Estructura social $\times$ voluntad creadora del compositor = forma musical. El compositor tiene que producir para la clase imperante de su época. A ello le obligan diversas circunstancias fundamentales. Por ejemplo: la lucha por la existencia. La historia de la música, por lo tanto, refleja con fidelidad absoluta el proceso de evolución de las sociedades humanas.

Entendemos por vida musical el conjunto de manifestaciones, públicas o privadas, del arte de los Sonidos. En efecto, éste vive su vida propia en la escuela, en el hogar y en el ambiente público. Con la Revolución Francesa—tránsito del siglo XVIII al siglo XIX—comienza esta vida dilatada, espaciosa, de la música.

Hasta entonces, la música fué patrimonio exclusivo de los potentados, seglares o clericales. Estos fijaron previamente sus condiciones de existencia, determinando su carácter y morfología. La iglesia la utilizó para realzar la magnificencia del culto; la aristocracia, como mero pasatiempo. Y el músico no fué sino un lacayo más en la grey asalariada de sirvientes.

El derrumbamiento de la organización social a fines del siglo XVIII, facilitó sobremanera la expansión de la música. La burguesía obtuvo idénticos derechos que la aristocracia y comenzó a cultivar el arte de los sonidos. No bastó el salón reducido. Fué precisa la gran sala de conciertos. Consecuencias de este estado de cosas: Las sinfonías de Beethoven, expresión íntegra del espíritu de esta época. Ellas crearon el concepto actual de vida musical.

La sublevación victoriosa de Rusia declarada la caducidad del siglo XIX. La música de nuestro tiempo se dirige al proletariado libre, que habla con cabal conocimiento y plena posesión de sí mismo. No se puede ceñir a servir, de pasatiempo de una

minoría. Su fin es más trascendente: fundir a la masa en un solo sentimiento; esto es, elaborar de todos los ánimos dispersos una sola alma entusiasmada.

Debemos pedir a la música de hoy el secreto de la gran música de todos los tiempos: sumergirse en la vida de la propia época, en las luchas y pasiones de la propia época, y extraer de ésta su aspiración suprema.

RODOLFO HALFFTER

Declaraciones de Strawinsky acerca de su ópera «Rey Edipo»,

Leónidas Sabaneev, el conocido crítico musical ruso, cuenta en la revista de Leningrado *Zin Izkusstva* su conversación con Igor Strawinsky acerca de la nueva ópera de éste, «Rey Edipo», recientemente estrenada en París. La conversación ha sido esta:

—¿Por qué ha elegido usted para esta ópera un texto latino?

—Hace tiempo que proyecté la composición de una ópera sobre un texto escrito en una lengua muerta, contestó Strawinsky; estimo que el griego está ya «demasiado muerto», y además su pronunciación es harto defectuosa. Por lo tanto, me ha parecido más adecuado el latín.

—¿No cree usted que esta lengua dará a su ópera cierto carácter católico-clerical?

—No me preocupa demasiado el carácter católico-clerical del latín. Antes bien, representa, a mi juicio, la lengua de la ciencia, de la medicina y de la jurisprudencia. En pocas palabras: entre todas las lenguas, es la más exacta.

El «Rey Edipo» es, sin duda, mi obra más importante. Mi estilo alcanza aquí el límite extremo de la simplicidad y el mayor parecido con el estilo ideal que en «La vida por el Zar», de Glinka, encuentra su más completa expresión.

AVISO

A todos los lectores que recibieron el primer número de esta Revista y no nos han enviado el boletín de suscripción, les anunciamos que será este segundo número el último que reciban si no cumplen aquél requisito antes de la aparición del tercer número.

Nos obliga a tomar esta determinación el gran pedido de ejemplares que tenemos, y por otra parte, la posibilidad de que caiga nuestra publicación en manos de personas a quienes no interesa.

El Administrador,
Luis ROMERO

Una confesión de Carlos Marx

Estas líneas están tomadas de un artículo de N. Rjasanoff, «Marx Bekenntnisse», publicado en la *Reue Leit* de 14 de Mayo de 1913. Rjasanoff recibió las «Confesiones» de Laura Lafargue, hija de Marx, en 1910. Rjasanoff estaba trabajando sobre la correspondencia de Marx en casa de Lafargue. Hablando con Laura sobre su padre ésta dijo que recordaba una serie de preguntas que ella y su hermana habían hecho a su padre.

Las contestaciones a esas preguntas, que publicamos a continuación, sirven para caracterizar las preferencias de Marx. Estas «Confesiones» datan de 1860.

CONFESION

Virtud favorita: Sencillez.

Virtud preferida en el hombre: Energía.

Virtud preferida en la mujer: Delicadeza.

Característica esencial: Unidad de acción.

Concepto de la felicidad: La lucha.

Concepto de la desgracia: La sumisión.

Vicio más disculpable: Credulidad.

Vicio más detestable: Servidumbre.

Aversión: Martín Tupper (1).

Ocupación favorita: Leer.

Poetas: Shakespeare, Esquilo, Goethe.

Prosistas: Diderot, Cervantes.

Héroes: Espartaco, Kepler.

Heroína: Gretchen (2).

Flor: Rododafne.

Color: Rojo.

Nombre: Laura, Jenny (3).

Plato favorito: Pescado.

Máxima predilecta: *Nil humanum a me alienum putari* (4).

Lema preferido: *De omnibus dubitandum* (5).



(1) Martín Tupper, vivió de 1810 a 1899. Fue el poeta más popular en su época en Inglaterra. Sus libros alcanzaron numerosas ediciones. Actualmente su nombre, completamente olvidado, no aparece en ninguna antología.

(2) Gretchen, la heroína de la primera parte del *Fausto*, de Goethe.

(3) Laura era el nombre de la segunda hija de Marx, casada con el famoso socialista francés Paul Lafargue. Jenny era el nombre de la mujer y de la hija mayor de Marx.

(4) Nada humano me es ajeno.

(5) De todo puede dudarse.

¿Ideas peligrosas?

Es realmente desconcertante oír esa eterna cantinela del supuesto «peligro de las ideas», en un país como España que debe la mayor parte de sus desventuras a la escasez de pensamiento.

Parece que los sociólogos más seriamente preocupados de investigar las causas de la decadencia española, coinciden en achacarla, principalmente, al hecho lastimoso de no haber florecido entre nosotros el Renacimiento, es decir—desde el punto de vista social—la fecunda expansión del pensamiento libre. Diversas circunstancias que aquí no puedo analizar—mutilación inquisitorial, emigración ultramarina, guerrerismo estéril, etc.—, nos han esquilado el intelecto y ahora somos víctimas, en la concurrencia universal, de esta falta angustiosa de preparación científica y técnica para las luchas de la vida moderna.

Pues no por eso dejaréis de oír un día y otro que tales o cuales ideas son peligrosas y que se hace preciso extirparlas por todos los medios, sin excluir los más feroces. ¡Qué estupidez tan dolorosa! ¿Cómo convencer a esas gentes de que el único peligro positivo está en no pensar?

Los enemigos del progreso dirigen hoy, preferentemente, sus gases asfixiantes contra el pensamiento marxista. Pasaron los tiempos ingenuos en que el liberalismo era «pecado». ¡Maravillosa adaptabilidad de la Iglesia para los diversos acomodos de todas las carrozas triunfantes! Ahora es el marxismo—idea nueva y perseguida—el que ha de sufrir el «sambenito» de oírse llamar, no precisamente «pecado» porque esto ya no asusta a nadie, sino lo que es más alarmista: «peligro de muerte» para la civilización occidental. Terrible «tabú» contemporáneo éste de la Civilización Occidental. Nadie lo toque si no quiere perecer aplastado bajo las iracundas pedradas de la tribu.

¿Se puede hablar en serio de la «peligrosidad» del pensamiento marxista? Yo no sé si el marxismo, en lo que tiene de actividad política, podrá ser peligroso para determinados intereses particulares. Lo que sí afirmo, desde luego, es que el marxismo, en lo que tiene de ciencia pura, no es más ni menos peligroso que cualquier otro tipo de teoría.

¿Se le ha ocurrido a nadie motejar de peligrosa la hipótesis de la relatividad de Einstein, pese a su radical revolucionarismo teórico? Pues, ¿qué diferencia esencial hay, desde el punto de vista puramente científico, entre la hipótesis de Einstein y la de Marx? Yo no veo ninguna. Marx se coloca ante la realidad social con el mismo desinterés, con la misma objetividad matemática de Einstein ante la

realidad física. Marx, en lo que tiene de científico, se limita a verificar una sencilla aplicación de la dialéctica engelliana sobre los fenómenos sociales, para acabar definiendo el socialismo como una síntesis necesaria, resultante de la contradicción entre la tesis burguesa y la antítesis proletaria. Ciencia pura sin mezcla de intereses bastardos. Marx ve—no inventa—, ve con los ojos de la cara que la historia humana es fundamentalmente una enconada lucha de clases, que sólo tendrá fin cuando las clases mismas desaparezcan mediante la socialización del capital.

Observa Marx que la evolución económica del capitalismo—bajo cuyo imperio no shallamos—conduce a la concentración del capital en pocas manos y a la aglomeración de los obreros en masas compactas que, dirigidas por una progresiva conciencia de clase y espoloadas por el azote insuportable de las frecuentes crisis mercantiles y de las grandes guerras consiguientes, acaban por sublevarse fatalmente contra el régimen burgués de propiedad privada, para sustituirle por el sistema socialista, edificado sobre la base de la propiedad común de todas las fuerzas productivas.

La hipótesis científica de Marx parece comprobada, en sus líneas generales, por los últimos acontecimientos de la Historia.

A pesar de todo esto, claro es que la hipótesis de Marx puede ser teóricamente combatida, puesto que nada hay en el mundo que no se preste a discusión. Cabe admitir que un burgués de buena fe combata la teoría marxista por inexacta, por inadecuada a la realidad que trata de reflejar. Lo que ningún cerebro sano puede soportar a mi juicio, es que se trate de abatir la teoría marxista, ni otra alguna, imputándole el estigma de ser «peligrosa», es decir, punible en sí misma, como idea.

No existen ideas peligrosas. No existen ideas nefandas. Solo hay ideas ciertas o falsas, adecuadas o estrafalarias. Ningún pensamiento es reprobable. Lo verdaderamente intolerable—vuelvo a decirlo—es no pensar, y más intolerable aún que los que nunca pensaron seriamente se juzguen—como a veces ocurre—con suficiente autoridad para establecer fronteras y aduanas en el reino ideal—es decir, infinito—del pensamiento puro.

JOSÉ ANTONIO BALBONTIN

No le enviaremos el próximo número si no nos envía el Boletín de suscripción y su importe.

El LXX aniversario de Clara Zetkni

El 7 de Julio cumplió setenta años CLARA ZETKNI, la gran luchadora del obrerismo internacional. Convaleciente de una larga enfermedad que ha debilitado sus fuerzas físicas, aunque no su vigor espiritual, rebelde a todos los honores personales, ha querido que su aniversario no fuese realizado. Pero cuando se han pasado cincuenta años de una vida combatiendo sin desfallecimientos, siempre en primera fila, por la causa proletaria, el honrar estas vidas claras, llenas de sacrificios, es un deber. Y para ello nada mejor que recordar el pasado de CLARA ZETKNI.

Impulsada por una necesidad innata de libertad y por el medio social donde transcurrió su infancia, una pequeña aldea de Silesia, adoptó desde su más temprana juventud la decisión irrevocable de unirse al pueblo como lo hacían los revolucionarios rusos, a los que conoció por mediación de una condiscípula de la Escuela de Institutrices de Leipzig.

Abandonando pronto el romántico deseo de «morir en las barricadas» se entregó al estudio del marxismo y cuando su maestro político Ossip Zetkni tuvo que emigrar a París, Clara no vaciló en seguirle. Este acto significaba romper con la sociedad burguesa a la que había pertenecido, pero fué además para Clara el momento de emprender la lucha contra ella, convirtiéndose esta decisión en el lema de su vida al que jamás desertó.

Era París por los años de 1880 centro de la emigración internacional. En este ambiente, CLARA ZETKNI, desarrolló su marxismo llegando a conocer a fondo todas sus cuestiones económicas y políticas. Y ya en 1889 en el primer Congreso Internacional celebrado en dicha ciudad, empezó Clara a militar abiertamente representando en el Congreso al partido social-demócrata alemán.

Los años de vida transcurridos en París no fueron solamente una escuela de política y de marxismo; fueron una escuela de miseria y de lucha por la existencia. Clara se vió obligada a vivir la vida de una obrera con la doble carga de su trabajo y el cuidado de su casa y de su hijo; tuvo que atender durante dos años a todas las necesidades de la familia, cuidando a la vez a su marido postrado por una parálisis. Estos años hicieron comprender a Clara toda la tragedia de la mujer obrera y dieron además a su combatir por la causa proletaria una ardiente nota humana. De esta enorme lucha contra la adversidad en la que su espíritu enérgico triunfó, sacó Clara la firme convicción de que no hay nada imposible para la mujer que quiera romper

con los lazos de su situación de clase y entrar en la lucha libertadora del proletariado consciente.

Al mismo tiempo Clara comienza un trabajo consecuente de educación en las masas, enlazando este trabajo con la lucha contra la sociedad burguesa en todas sus manifestaciones y teniendo en cuenta siempre su significación internacional.

Clara, que había adquirido en París el hábito de la polémica, de vuelta a Stuttgart luchó contra el oportunismo, atacándolo sin descanso en asambleas, reuniones de partido o en campañas electorales. Muy pronto las masas obreras están a su lado. En muchos casos representa Clara la conciencia de la dirección del partido, como por ejemplo en 1905, cuando realizó por toda Alemania una campaña para glorificar los acontecimientos rusos. Sus instrumentos de combate fueron, especialmente en los últimos años, las campañas antimilitaristas y contra las guerras coloniales e imperialistas.

Como la Internacional Socialista no podía significar para CLARA ZETKNI más que la Internacional de la Revolución, cuando en 1917 los bolcheviques hicieron la revolución obrera y campesina que marcó el primer paso hacia la Revolución mundial, Clara fué en Alemania una de sus más fieles defensoras contra los ataques y amenazas de todo un mundo de enemigos.

En 1925 desde la tribuna del Reichstag denunció el pacto de Locarno como un ataque vergonzoso contra la Unión Soviética.

Ni la edad ni las enfermedades han podido estirpar su energía.



Este número ha sido visado
por la censura.

Proyecto de homenaje a Clara Zetkni

Para celebrar el aniversario de CLARA ZETKNI la sección femenina del Comité central del P. C. de la U. R. S. S. ha hecho las siguientes proposiciones:

1.º Se abrirá un curso de estudios sobre la teoría y la práctica del trabajo femenino que llevará el nombre de CLARA ZETKNI.

2.º Se concede a las escuelas superiores tres bolsas de viaje: una para obrera, otra para una campesina y una tercera para una mujer de Oriente.

3.º Una institución para niños sin hogar llevará el nombre de CLARA ZETKNI.

4.º En toda la prensa aparecerán artículos sobre la participación de CLARA ZETKNI en las luchas revolucionarias de la clase obrera.

5.º En todas las Asambleas de delegaciones obreras y campesinas de Oriente, se popularizará la participación de CLARA ZETKNI en la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres obreras.



«La Espuela». Novela.

por Joaquín Arderius:

He aquí un libro profundamente humano. Tal vez humano con exceso, y un poco cruel en consecuencia. Quien añade humanidad añade dolor.

En esta nueva novela de nuestro compañero Arderius—magnífica de pasión y de fuerza—asistimos a una derrota más del ideal frente a la vida. Pero ¡qué espléndida derrota! No adviene sino después de una gloriosa lucha.

El héroe de «La Espuela», Luis Morata, piensa que la mujer—amiga, compañera, goce sensual a veces—no debe ser nunca una deidad que subyugue al hombre hasta inmovilizarlo. «Amor a la Humanidad por igual y cópulas libres», grita, el héroe poeta de la novela de Arderius. El amor libre que Luis Morata esquematiza cerebralmente—no el que su corazón acaba por sufrir—es acaso el más «libre» pero también el menos «amoroso», de todos los amores imaginables. Hay dos maneras de concebir el amor libre, radicalmente distintas. Tenemos el amor libre de Fourier: mero contacto efímero, y el amor libre de Guyau: plenitud de pasión reconcentrada. El héroe poeta de «La Espuela» ve en la primera interpretación una más alta idealidad.

Y en esto nos revela Morata el fondo íntimo de su temperamento. Morata se sabe un pasional. Le

teme al amor. Comprende que si una mujer le conquistara, todo él sería para ella, y quedarían a la zaga, maitrechos y vencidos, los bellos sueños de redención social y de humanitarismo exaltado.

Amalia—digna heroína de la novela de Arderius—con ese claro instinto de la mujer apasionada, adivina desde el primer instante la vena oculta, sentimental, de su elegido, y pone todo su esfuerzo en alumbrarla, por encima de las rudezas superficiales del poeta. Lo alcanza plenamente, manejando la «espuela» de un Raimundo imaginario—burgués tripudo y exultante—con otras sutilezas que bordan la trama de la intriga, y ves mos a Luis Morata, al fin de la novela, en una de sus más emocionantes páginas, clamar por Amalia desolado, minutos después de haber intentado abandonarla. Un poco amargo este final—para el lector idealista—con un amargor agri dulce. Sin compartir, de un modo absoluto el ideal político—sexual de Luis Morata—prefiero a Guyau sobre Fourier y a Marx sobre Bakounine—me da pena verle malparado, porque todo fracaso de un ideal es siempre triste.

El episodio erótico se mezcla con el hervor político, saliendo a escena diversas figuras de juvenil relieve recientemente destacadas, cuya aureola popular bastaría para justificar el éxito de venta inusitado, obtenido desde el primer instante por la novela de Arderius.

El estilo del libro—como saben de antiguo los admiradores del autor—es de una sobriedad impresionante. Reverbera de puro estilizado. «De desnuda que está brilla la estrella» que diría el poeta. La imagen—felicísima a veces, y en toda ocasión original—no es nunca arabesco superfluo, sino siempre eslabón vigoroso del discurso que persigue una meta. La imaginería de Arderius es, en este sentido, similar a la de Maroto que ha puesto al libro una bella portada, sintéticamente expresionista.

Muy bien de ambiente el cuadro: toda la simpatía de Madrid palpita en la obra. Maravilloso el diálogo de expresión y de vida. Certero el manejo de los personajes. Se atisba en la novela la gestación de un formidable dramaturgo.

Sólo falta ahora—mi querido Arderius—que este gran pueblo nuestro, dormido al borde de la ruta, despierte y se levante y aporte a tus manos materiales vivos para la construcción de ese vibrante drama social que, entre dolores inefables, se está incubando en tu cerebro.

J. A. B.

«Intelectuales y hombres de acción», por Alvaro de Albornoz.

Alvaro de Albornoz delinea en esta hora su figura enérgica, sincera y consecuente de político republicano, reforzada por el contraste, en el paisaje lamentable del republicanismo español. Da fuerza sobrada para proclamar la pureza política de este

hombre el hecho de que se mantenga intangible en ese campo político extinto hoy de elemental ideología, cuyos sagrados principios han ido quedando hipotecados por manos de sus caudillos.

Alvaro de Albornoz, en los momentos que no cree conveniente aceptar con su intervención la actuación del republicanismo español, se aísla en él y se dedica a escribir libros que rezuman una clara emoción política.

Hace poco más de un año publicó *La tragedia del Estado español*. Hoy nos sorprende con otro nuevo libro también de preocupaciones y soluciones—acordes con su ideología—de los problemas de España.

«Intelectuales y hombres de acción», es el título del nuevo volumen. Busca Albornoz también en este libro, el mal de España en sus raíces, recorriendo los caminos, que él tiene tan andados, del siglo XIX; pero con una gran visión de perspectiva, arrastrando hasta el presente, los efectos lamentables de todo un siglo de exacerbación reaccionaria.

Atraviesa a todo el libro la acusación a los hombres que con su reaccionarismo innoble interrumpieron en nuestro país el paso a la civilización. También lanza un duro alegato a los intelectuales que en las otras épocas ponían sus inteligencias servilmente a los pies de los dominadores. Son, con la diferencia de tiempo, los mismos que hoy se mantienen apartados de las preocupaciones humanas.

El capítulo sobre la libertad de imprenta en España, a partir de Noviembre de 1810, fecha en que es proclamada por vez primera en nuestro país por las Cortes de Cádiz, y sobre todo, la vida de los periódicos liberales en toda aquella época, es de gran interés y ejemplaridad.

Gradual atracción ejercen todos los demás capítulos de este libro, pero el que más nos detiene, es aquél en el que Albornoz enfoca el problema social.

Si el autor de este libro fuese exclusivamente republicano, no solo estaría frente al proletariado por la calidad esencialmente burguesa del republicanismo, sino que además por serlo español formaría en las avanzadas de la reacción contra las aspiraciones proletarias. Pero a pesar de todo esto, Alvaro de Albornoz, es profundamente humano y tiene en su obra esa preocupación social que trata de resolver conciliando—efecto de la ideología republicana, burguesa—conceptos antagónicos: Libertad burguesa, democracia burguesa y marxismo. Es extraño que hombre de la capacidad de Albornoz no vea otra solución al problema y so-

*Si a usted
le preocupan
sinceramente los
problemas
políticos y sociales
es indispensable
que lea
unos cuantos
libros.
Todos los que
le interesan están
incluidos en la
Biblioteca
POST-GUERRA
cuyas listas puede
ver en nuestra
última plana.*

Pida usted a nuestra Biblioteca
los libros que le interesen.
Se le enviarán libres de franqueo.

bre todo cuando el proletariado camina seguro por rutas muy trabajadas y perfectamente orientadas. Desde luego acepta la lucha de clases como cosa fatal, yendo con esto mucho más allá que algún conspicuo y prestigioso profesor afiliado al partido socialista español.

Queremos insistir en la afirmación de Albornoz, de que la justicia humana no se podía conseguir sin la libertad, y el camino para llegar a ella la democracia. Recordamos a este propósito, las palabras con que comenzó Lenin un discurso que pronunció en el año 1919 ante el primer Congreso de la Tercera Internacional: «Uno de los argumentos más corrientes en favor de la dominación de los explotadores consiste en condenar la dictadura—la del proletariado—y en defender la democracia». Y mucho antes, Marx y Engels dijeron: «La república burguesa más democrática no es sino un instrumento de opresión de la clase obrera por la clase burguesa, de la masa proletaria por un puñado de capitalistas».

Una libertad concedida por un régimen burgués, con propiedad privada, con los instrumentos de trabajo en poder del patrono, con la industria en poder de las grandes empresas, no puede ajustar aquél ideal de justicia. No es posible pensar en la realización de ese ideal de justicia humana sin antes haber conseguido la unificación de las clases en la clase productora.

Son temas estos que se salen fuera del comentario modesto de un libro, aunque el libro sea tan interesante como «Intelectuales y hombres de acción». Insistimos en resaltar su valor, por la visión exacta que da de la gestación de los fracasos en España.

E. G. S.

Rogamos a nuestros comunicantes que no se impacienten si la contestación a sus cartas no es tan rápida como ellos desearan. Nos referimos, claro está, a aquellas cartas de un cierto interés para la marcha y éxito de la publicación. Las de elogios y felicitaciones las acogemos efusivamente, pero la falta de tiempo para esta labor nos impide, sintiéndolo, el contestarlas. Nos encontramos en el mismo caso con las de anuncio de giros y suscripciones, por ser bastantes las que recibimos.

Cuatro libros escogidos

*¿Adónde va
Inglaterra?*

por

León Trotsky

Ideario

Bolchevista

por

Lenin.

*Las ciudades
y los años*

novela, por

Fedin.

*A B C del
comunismo*

por

N. Bujarin.

**que usted debe pedirnos
inmediatamente.**

«La Soberanía del Parlamento inglés» por Teodoro González.

La Universidad de Marcial acaba de publicar este volumen de su catedrático de Derecho Político. Teodoro González García es uno de los más jóvenes profesores de España; pero también uno de los de más valía. Estuvo pensionado en Inglaterra. Su libro, pues, además de la ciencia política que aporta, está iluminado por una experiencia de la vida inglesa. La extensa bibliografía consultada—148 volúmenes según las notas—añade mayor transcendencia a esta obra de investigación que demuestra una escrupulosa intención informativa y crítica.

Lástima que Teodoro González, como muchos jóvenes profesores españoles, no haya logrado todavía desprenderse de una tradición de ciencia jurídica que no vacilamos en calificar de anacrónica. Se ve que el talento del autor tiene una estatura superior a las teorías del viejo liberalismo cuyo zumo le halaga todavía los labios.

Teodoro González hace un estudio histórico de la soberanía de las instituciones británicas de Gobierno y analiza con clarividencia que a veces se vela el concepto del Estado. El hecho de que Teodoro González, en vez de conclusiones establezca preguntas, demuestra que en el fondo guarda cierto escepticismo por la doctrina parlamentaria que intenta defender. «La soberanía del Parlamento—dice—se encuentra en un instante de transición. ¿Habrá llegado el momento de su decadencia, de su definitiva sustitución por organizaciones más eficaces?» En otro lado interroga: «¿desaparecerá la presente constitución del Estado político? ¿Triunfará la corporación sobre los individuos?» Hay, todavía, una manifestación más importante: «Si observamos los hechos y la experiencia de la vida presente quizá lleguemos a la conclusión de que nos hallamos en un momento de cambio y transformación y que la sociedad política necesita vestirse con instituciones más nuevas».

De la obra se deduce que no existe tal soberanía del Parlamento inglés, desaparecida la preponderancia de la Cámara de los Lores; tampoco la de los Comunes representa la voluntad nacional. Se ve que influye en las decisiones de aquella la burocracia del Gabinete y el dictado del partido gobernante, que no es siempre la expresión popular. Se da la paradoja de que a veces la Cámara de los Lores es la que se erige en defensora de los intereses de la nación. Teodoro González examina con agudeza y viveza la actual crisis política de Inglaterra, las reformas e inquietudes que sufren aquellas instituciones. Pero no atisba soluciones.

Toda la correspondencia diríjase á
Marqués de Cubas, 8.

J. D. F.

*No deje usted
de
enviarnos su boletín
de
suscripción
antes de la aparición
del
próximo número,
si le interesa
continuar
recibiendo esta
Revista.*

EL BOLCHEVISMO Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO, por

Radek, Trostky, Zinoviev,
Lenín, Gorki, Lunacharski,
Kolontai, Chicherín, Bujarín y Nikolski.

Precio: 4 pesetas.

Biblioteca POST-GUERRA

El exceso de original nos forzó en un principio a aumentar cuatro páginas a este número de POST-GUERRA.

Angulano, Impresor, Bola 8, Madrid

BIBLIOTECA POST-GUERRA

Con el fin de facilitar a nuestros lectores el estudio de todos los problemas y doctrinas que mantienen hoy en lucha a la humanidad, hemos creado la Biblioteca de la Revista, recogiendo todo lo más interesante que sobre estas cuestiones se ha editado en español. También incluimos en la BIBLIOTECA POST-GUERRA aquellas obras literarias que por su orientación conducen a la preocupación por estos problemas.

La BIBLIOTECA POST-GUERRA, servirá cuantos libros aparezcan anunciados en esta Revista y los que figuren en las listas que iremos publicando.

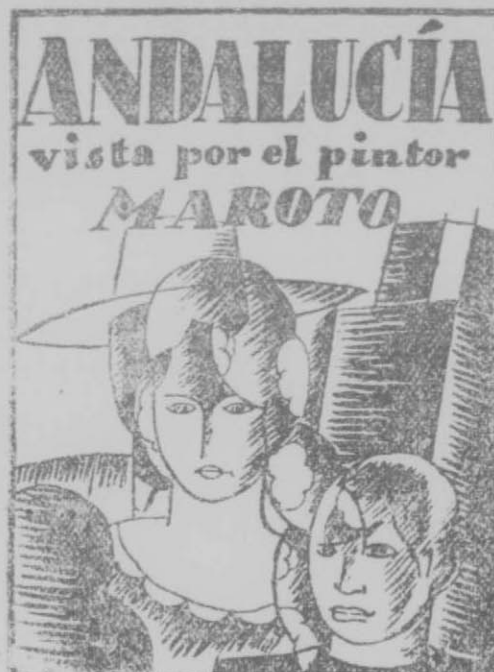
Haremos los envíos inmediatamente de recibir su importe, corriendo de nuestra cuenta los gastos de franqueo.

Lista de obras

	Pts.		Pts.
C. Marx y la Internacional. Documentos históricos.	3,50	Programa de acción de la Internacional Sindical,	
Manifiesto del P. C., por Marx y Engels.....	0,50	por Lozovski.....	1,50
Lenin: su vida y su actividad, por G. Zinoviev....	0,50	Lenin, por León Trostky.....	5,00
La guerra civil en Francia (<i>Historia de la Commu-</i>		¿Adónde va Inglaterra?, por León Trostky.....	3,50
<i>ne</i>), por Carlos Marx.....	0,50	Las ciudades y los años, por Constantino Fedín,..	3,50
Los orígenes del partido comunista bolchevique en		La nueva Rusia, por Julio Alvarez del Vayo.....	5,00
Rusia, por G. Zinoviev.....	0,40	Socialismo y movimiento obrero, por Sombarí...	5,00
El cuchillo entre los dientes, por H. Barbusse....	0,30	Legislación bolchevista rusa.....	5,00
El mundo capitalista y la Internacional.....	0,30	Sindicalismo revolucionario, por George Sorel...	4,00
Una antorcha en las tinieblas del mundo (<i>Lenin:</i>		El bolchevismo y la dictadura del proletariado, por	
<i>el Hombre</i>), por Máximo Gorki.....	0,25	Radek, Trostky, Zinoviev, Lenin, Gorki, Luna-	
La nueva organización económica de la Rusia so-		charsky, Kolontai, Chicherin, Bujarin y N kolsky.	4 00
viética, por H. Terracini.....	0 20	La Tercera Internacional, por Lenin.....	3,30
El leninismo teórico y práctico, por Stalin.....	0,75	Cuentos de vagabundos, por Máximo Gorki.....	3,50
Trayectoria de la Confederación Nacional del Tra-		Una infancia trágica, ídem.....	2,40
bajo, por Oscar Pérez Solís.....	1,25	El patrono, ídem.....	3,60
Reflexiones sobre la violencia, por Jorge Sorel....	8,00	Mi vida en la niñez, ídem.....	6,00
Claridad, por H. Barbusse.....	5 00	La espuela, por Joaquín Arderius.....	4,75
Impresiones sobre un viaje a Rusia, por I. Acevedo.	3,00	Inquietudes, versos por J. Antonio Balbontín....	2,50
El Estado y la revolución proletaria, por Lenin...	3,50	La nueva España 1930. G. G. Maroto.....	3,50
El A B C del comunismo, por N. Bujarin.....	3,50	Los siete ahorcados, por Leónidas Andreiev....	3,75
El capitalismo de Estado y el impuesto en especie,		Judas Iscariote, ídem.....	3,75
por Lenin.....	3,50	La risa roja, ídem.....	3,75
Las nuevas sendas del comunismo por E. Torralba.	3,50	Memorias de un preso, ídem.....	3,75
El triunfo del bolchevismo, por L. Trostky.....	3,50	Hacia las estrellas, ídem.....	2,75
La victoria proletaria y el renegado Kautsky, por		La vida del hombre, ídem.....	2,75
Lenin.....	3,50	El capitán Ribnicov, por A. Kuprin.....	3,75
Terrorismo y comunismo (<i>El anti Kautsky</i>), por		Pan, por Knut Hamsun.....	3,75
E. Trostky.....	3,50	La casa de los muertos, por Dostoiewsky.....	4,50
El comunismo de izquierda, por Lenin..	3 50	Las noches blancas, ídem.....	0,75
La tercera Internacional, por C. Pereira.....	3,50	Tragedias oscuras, ídem.....	3,20
Ideario bolchevista, por Lenin.....	3,50	Tres novelas, ídem.....	3,50
El programa de los bolcheviques, por N. Bujarin.	3,50	Nictotchka Nezvanova, ídem.....	4,50
Literatura y revolución, por Trostky.....	4,50	El Imperio de la muerte, por Korolenko, y el terror	
El capital, por Carlos Marx.....	5,00	en Rusia, por Kropotkine.....	4,00
Rusia, poema bolchevique, por B. Merchán.....	1,50		



4 láminas y 3 viñetas
de Maroto, 4,50



Colección Imagen / N.º 3

I. Babel: La caballería roja

30 narraciones de la invasión de Polonia
por los jinetes de Budienny

4,50 pesetas

30 dibujos y cubierta en color de Maroto

Fedin

Las ciudades y los años
Maravillosa novela rusa

Trotsky

¿Adónde va Inglaterra?
Hundimiento del Imperio inglés

Kreglinger

La evolución religiosa
de la Humanidad
Los mitos Los ritos Las creencias

Maroto

LA NUEVA ESPAÑA
1980

Vaticinio de una renovación magnífica

Cada volumen, ilustrado por Maroto,
3,75 pesetas

Ediciones Biblos

Madrid. Pi y Margall, 7

Biblioteca Nacional de España

Una hermosa serie de obras enciclopédicas:

Dostoiévsky: Barbas de estopa

Clásicos modernos / N.º 1

Las páginas conmemorativas sobre los muchachos amigos de Alcega Karamazov
Traducción de Carmen Abreu
11 capítulos, con dibujos y viñetas de Maroto; tapas en color, papel especial, 4,50 pesetas

en agosto

Una magnífica epopeya:

en agosto